

PELICULAS

Novela Semanal

*La esclava
blanca*



Liane Haid

Wladimir Gaidaroff

GENINA, Augusto

PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 7 :: 50 CTS.

Adaptación literaria por A. Pérez Zambora de la
hermosa película
(DER WEISSE SKLAVIN, 1913)

LA ESCLAVA BLANCA

maravillosa interpretación del gran actor WLADIMIR
GAIDAROFF y la bellísima estrella LIANE HAD
CHARLES VANEL y RENÉE HÉRIBEL

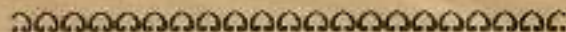
SELECCIÓN OPTIMA DEL PROGRAMA

VILASECA Y LEDESMA S. A.

Gran Vía Layetana, n.º 53 :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 923:BARCELONA



PRIMERA PARTE

He aquí París, la Metrópoli del mundo, Mecca de la Humanidad peasante a cuyos marcos buscan cubijo las aristocracias del dinero y del talento. Bella ciudad vestida siempre de gala que acoge a grandes y pequeños, a pobres y ricos con la sonrisa de sus bellezas.

El Hotel Mundial, situado en una de las plazas más céntricas de la gran urbe, era como una demostración de cuanto acabamos de decir. En sus amplias salas, llenas a toda hora de viajeros venidos de los más apartados rincones de la tierra, había un gran cartel que leían no pocos de los huéspedes.

«El día tantos de tantos—rezaba el cartel—Gran Función de Gala a cargo de los huéspedes del hotel cuyo producto se destinará íntegro a la beneficencia. Representación de LA ESCLAVA BLANCA.

Entré el mundillo del hotel, al azar remido y al azar dispersado, el anuncio de la citada función de moda despertó los más cálidos comentarios. Pero por la índole de los personajes, esta función fué bien pronto conocida por «le tout Paris», es decir, por toda la aristo-

gracia de la gran ciudad que solicitó hallarse presente en la mencionada representación.

Lady Mary era una encantadora rubita inglesa, huérfana y millonaria, huésped a la sazón del hotel y tras cuya dote andaban numerosos candidatos entre los que con mayores probabilidades de éxito figuraba Mr. Brelont, dueño de numerosos pergaminos, no pocas deudas y una figura más que regular, amén de una linda cabeza, tan linda e inútil como sus delicadas manos de aristócrata arruinado.

Para Brelont, los millones de lady Mary eran como una tabla de salvación en medio del océano. Por contra, la inglesa era una maravilla de mujer. Alta, delgada, de talle a la vez firme y delicado; poseedora de unos ojos azules en el fondo de los cuales parecía flotar toda la poesía de un cielo eternamente azul y sonriente, era una mujer de sugestión definitiva.

El otro personaje que intervenía en la representación no era menos interesante. Tratabase nada menos que de un príncipe, de un verdadero príncipe árabe recientemente llegado de los confines del Sahara con séquito numeroso y en compañía de un hermano menor que apenas salía de sus habitaciones.

Este hermano menor del príncipe que solamente solía acompañarle en sus paseos, era en realidad la bellísima Fátima, su primera y hasta entonces única esposa. Una mujer hermosa como deben serlo las hurras soñadas por Mahoma para solaz de sus creyentes en el ansiado paraíso. Fátima tenía un cutis blanco como las nieves del Atlas, óvalo perfecto, nariz fina de alifas palpitantes, por labios dos



Lady Mary Watson era una rubia inglesa, huérfana y millonaria.

chaves tras los cuales se ocultaba una dentadura del más puro nácar y dos ojos grandes y negros que al posarse sobre la piel parecían envolverla en dulces caricias.

Coronando este monumento de belleza, una soberbia cabellera que le llegaba casi hasta el suelo, ligeramente ondulada, negra como ala de cuervo. Tal era Fátima.

Además, para Ali, la mujer era un ser inferior, una cosa que sólo sirve para alegrar la existencia del hombre, y por mucho que él adorara a su Fátima, no hubiese transigido con llevarla consigo a todas partes como un igual, cual le hubieran exigido las costumbres europeas al presentarla como su esposa.

Con respecto del príncipe, corrían por París las más extraordinarias leyendas, que la fantasía se encargaba de agrandar hasta lo inverosímil.

Contábase que en su país, bordeando los cálidos arenales del desierto, poseía verdaderos palacios de maravilla con cientos de hermosas esclavas, guardados por leones y panteras. Declábase poseedor de inmensos tesoros en oro y pedrería, capaces de enriquecer con ellos a los habitantes de todo un reino.

Ali-Ben-Moktar sabía algo de todas estas fantasías y cada vez que alguien le hacía una pregunta, se limitaba a sonreír sin negar ni afirmar, complaciéndose en mantener aquella aureola de misterio.

Las damas lanzaban sobre él miradas de codicia y los caballeros se apartaban respetuosos a su paso rindiéndole un mudo vasallaje. Era en suma un verdadero héroe de leyenda y el hombre del día en todo París.

Ali-Ben-Moktar, era alto y fornido cual un atleta de la antigua Grecia. Por su rostro y por sus formas, era el prototipo de la belleza varonil perfecta, razón de más para que entre el sexo contrario gozara de las máximas simpatías.

Pero lo que más llamaba la atención del sexo femenino en este joven príncipe, que algunos harían descender en línea directa del mismo Mahoma, eran sus ojos negros, inmensamente grandes y rasgados, que parecían encerrar todos los misterios y todo el fuego del legendario desierto. Su mirada era tan viva, tan intensa y a la vez tan penetrante que parecía tener el poder de hipnotizar a las más bellas, convirtiéndolas por obra y gracia del influjo magnético de sus ojos en instrumentos de su voluntad.

Así las cosas, llegó el día de la «Función de Gala» en el Hotel Mundial, cuyos salones, desde mucho antes de comenzar, hallábanse repletos de público, de ese tan cacareado «le tout Paris» que se reduce a un limitado número de personas siempre las mismas y en los mismos sitios.

Alzóse el telón, apareció en escena LA ESCLAVA BLANCA sentada sobre ricos cojines. Inmediatamente penetró una sirvienta que deslizó algunas palabras a su oído y volvió a desaparecer para conducir a un europeo.

Fuiste el señor Bresson, que en la obra, representaba el papel de médico del harem. La Esclava Blanca pareció acogerlo con grande afecto. El doctor, entretanto, comenzó a cantarle su amor en los tonos más patéticos y ambos amaron uniéndose en apretado abra-

za, juntando los labios fuertemente como si por ellos quisieran sorberse las almas. Abs-
traídos, concentrados sus sentidos y su vida
toda en el disfraz de su dicha, no advirtieron
los amantes el leve crujir de una puerta y el
rizar de unas habuchas que parecían acercarse
con cautela. Era el príncipe, el dueño y
señor, que, cruzados los brazos, flameantes
sus pupilas y con una expresión de tranquilidad
en su rostro, capaz de infundir pavor en
el alma más templada, había llegado a tiempo
de sorprender a la esposa infiel y al amigo
traidor en flagrante delito de adulterio.

—¡Ah, Mohamed!... ¡Ah, Mohatar!...—
gritó el príncipe con voz potente.

—¡Na-an!—respondieron al instante dos vo-
ces aflautadas.

Casi en el acto se abrió una puerta secreta,
sobre el *foffé* que decoraba la estancia, a modo
de zócalo, y comparecieron dos formidables
cunucos, negros como el carbón; cogieron al
doctor en brazos, cual si hubiese sido de plú-
ma y sacaronla a rastras por la excusada por-
tezucla. Momentos después, en medio del si-
lencio de la sala, se oyeron los gritos lejanos
del europeo sometido a cruel tormento. El
príncipe, sonriente, murmuró:

—Tu amante está muriendo en el tormento;
tu suerte será algo peor...

Bajó el telón y sonó en la sala una ensor-
decedora salva de aplausos. Volvieron a al-
zarse las rojas cortinas de damasco y los tres
intérpretes, mugidos de las manos, inclinaronse
respetuosamente, agradeciendo con una con-
tusa apellada muestra de simpatía.

Todas las miradas femeninas convergían

hacia Ali-Ben-Moktar que había interpretado
su papel con una perfección de consumado
maestro. Lady Mary, frágil y delicada, envuel-
ta en sus ropas de esclava, era una linda figu-
rana de Sevres, que por un prodigio del artis-
ta tenía la facultad de mirar y de sonreír. ¡En
verdad, el príncipe y su esclava, formaban
una encantadora pareja!

Ali, apenas si conocía a su compañera de
escena. Escasamente si se habían visto unos
momentos una semana antes para dar un lí-
gero ensayo a sus papeles y ya desde el pri-
mer instante, le fué simpática la inglesa. Casi
casi podríamos decir que para él desde enton-
ces no hubo en París más que una sola mujer:
Lady Mary.

Al concluir la representación, el príncipe
acompañó a la muchacha hasta la puerta de
sus habitaciones, diciéndole al despedirse:

Pueda usted asegurar que solamente por
estos momentos pasados a su lado, doy por
bien empleados todos los trastornos que me
haya podido causar mi venida a Europa, lady.
Cuando vuelva a mi país, la recordaré siem-
pre, y sentiré con toda el alma no poder com-
partir mi vida con esta esclava de un momen-
to de cuyos encantos sería yo esclavo toda la
vida...

Lady Mary escuchaba absorta las lisonjas
del príncipe que sonaban en sus oídos como
una música desconocida.

—¿Tendré el gusto de verle luego en el bai-
le?—murmuró el príncipe sin cesar de mirarla,
a tiempo que ella abría la puerta de sus ha-
bitaciones.

Lady Mary, inclinó su linda cabecita rubia en señal de asentimiento.

Mientras la bulliciosa multitud que llenaba el vasto salón se preparaba para la cena, en el cuarto del príncipe se desarrollaba una escena interesante. Fátima, recogida su hermosa cabellera de luz que parecía un guapo muchacho, comprobaba ante el espejo el efecto del frac que le habían traído para asistir a la reunión de aquella noche.

—Es inútil que te vistas, Fátima, esta noche no sales.

—¡Ah!...—suplicó ella tendiendo hacia él sus manos.

El príncipe lanzó sobre su esposa una mirada que no admitía réplica y salió de la estancia, yendo a cambiar sus ropas para asistir al baile. Esperaba que allí podría concluir de conquistar a la bella millonaria de ojos tan azules como el cielo de sus arenas en días de calma.

El señor Brefont, y su amigo Suresnes, otro cazador de dotes con un centenar de quilos de peso, sostenían animada conversación, apartados del bullicio.

Querido Brefont, deba hacerte saber que ya he hallado mi media naranja. Un pajarillo estropeado, cierto, pero vale la tontería de diez millones...

—¿Se puede saber quién es ella?

—La tienes en el salón. Adivina cuál es.

Brefont giró la vista en derredor suyo.

—¡Que te quemas, amigo mío, que te quemas!—dijo el gordo al verle mirar en determinada dirección.

—¿Es esa señora del cabello enteramente blanco?

—La misma que viste y calza, y por cierto con verdadera elegancia. ¿Verdad que a pesar de sus años está todavía muy hermosa?

—¡Bah! Si vieras tú lo que he conseguido



Las damas lanzan sobre él miradas de codicia.

yo... No son más que cinco millones de dote pero ella vale bien bien diez o doce.

—¿...?

—Mi compañera de escena de hace un instante. ¿Qué te parece?

—Que tienes mucha más suerte que yo. Sin embargo, no puedo aspirar a mucho más. ¡Ah, si yo no tuviera esta maldita grasa que hace

volver locos a todos los sastres para convertirlos en algo presentable!...

Rieron de buena gana los dos conquistadores de profesión, que en aquellos instantes se consideraban los más felices del mundo, y continuaron cambiándose mutuas confidencias hasta la llegada de la encantadora lady, en cuyo instante se levantó Bretont para ir a su lado.

—Estoy muy incomodada con usted, señor Bretont. Durante la escena me ha besado de una manera indigna de un caballero.

—Perdóteme, lady. Crea que si en algo me le excedió, no es culpa mía; obliqueslo usted más bien a la fuerza de mi pasión. ¿Acaso tengo yo la culpa de que sean tan impetuosos mis sentimientos?

—Sentimientos tal vez un poco interesantes... ¿verdad?

El pobre Bretont no sabía qué hacer. Por su frente corrían unas gotas de sudor frío y sentía en su pecho una extraña opresión, algo muy fuerte que impedía a sus palabras el salir con la soltura habitual.

Ignoraba el joven a qué se debía tal cambio de actitud en el ánimo de su amada, o, mejor dicho, quería hacerse la ilusión de que lo ignoraba, ya que, a decir verdad, no le habían escapado las miradas que el príncipe lanzara sobre la joven una vez terminada la escena, ni le había pasado desapercibido tampoco el abandono de ésta al colgarse de su brazo cuando ambos partieran del escenario.

El espíritu de Mary, víctima en aquellos momentos de la extraña fascinación que Ali había sabido inculcarle, presto a emprender nuevos derroteros, no podía perdonar a su flirt

de antes la osadía que en otra ocasión le hubiese parecido admirable. A esto obedecían, pues, los reproches que tanto desconcertaron al desgraciado Bretont.

El príncipe, vestido nuevamente, volvió a las habitaciones de Fatima para despedirse de ella. La bella favorita, presa de una fuerte excitación nerviosa, conversaba con el doctor Vagnier, médico de Ali-Ben-Moktar, que cada



Al abandonar la representación, el príncipe acompañó a la muchacha.

dos o tres meses abandonaba por unos días su distinguida clientela de París para ir a Argelia a visitar al príncipe y a su familia.

—Otra vez me obliga a quedarme encerrada, doctor!—decía Fatima—. ¡Esto es intolerable! Yo no he venido a París para estar en una prisión! Tengo también derecho a ver el mundo de cerca y no por un agujero.

—Señora, la voluntad es la voluntad, y usted, por su propio bien, no debe oponerse a la de quien se lo ordena...

—¡No debo oponerme cuando sea justo, pero esto no lo es! Me dice el corazón que mi esposo pretende engañarme y...

—¡Y tu esposo, que es también tu dueño, desea ser obedecido sin discusión! —dijo el príncipe, arrojando a su esposa de un violento empujón—. Aun cuando estemos en Europa, mis derechos sobre ti son los mismos que si no hubiéramos salido de nuestro país.

Apenas penetró en el salón. Allí fue derecho hacia la mesa ocupada por la bella Mary, que desde el instante en que lo vió venir, maldijo si se ocupó para nada de su amigo Brefont. El pobrecito comprendía que estaba haciendo un papel no muy recomendable. Afortunadamente, el amable Vargnier se hizo cargo de su situación e inició una conversación que vino a sacarle de apuros.

—Ha estado usted muy bien en la función, amigo mío. Le felicito cordialmente. Su apasionada labor ha merecido comentarios en extremo halagüeños.

—Creo que usted, en mi caso, hubiera hecho lo propio. Con una «parlousaire» como miss Mary, cualquiera puede interpretar este papel con la misma vehemencia, máxime habiéndolo hecho ya en la realidad, porque ha de saber que lady Watson y yo estamos prometidos...

En aquel instante la bella inglesa y el árabe levantáronse de sus asientos respectivos y, estrechamente enlazados, se entregaron a la vorágine de la danza.

Brefont los miró alejarse casi con lágrimas en los ojos.

—Oiga, doctor—dijo por fin—, ¿sabe usted si ese salvaje piensa quedarse por aquí mucho tiempo?

—No sé. Tan fácil es que se vaya mañana, como que permanezca entre nosotros un año entero. Cuando se aburra nos dejará. Claro que, por ahora al menos—añadió Vargnier con cierto refintín—, no lleva traxas de aburrirse, lo cual quiere decir que tenemos príncipe para rato.

Usted, en su calidad de doctor, debería recomendarle un cambio de aires. La atmósfera viciada de París no sienta bien más que a los naturales, y él, acostumbrado a vivir en las soledades de sus desiertos...

II

Si grande era la desesperación de Brefont, hasta el extremo de hacerle decir las más absurdas tonterías, no era menor la de Fátima, recluida en sus habitaciones.

Fátima, con ese sexto sentido que la mujer posee para el amor, sabía que su esposo la estaba engañando a dos pasos de allí; que estaba enamorando a otra mujer y ella no podía impedirlo. De pronto, su rostro, hasta entonces contraído, pareció iluminarse con una sonrisa. Miró a su guardián, el eunuco Suliman, que parecía dormitar, muellmente recostado sobre un sillón, cuyo respaldo ajustaba la puerta y, segura de no ser vista, prendió fuego al rico tapete que cubría la mesita de centro.

Al oír sus gritos de socorro acudió presuroso el eunuco, y, libre ya la puerta, puesto que Suliman en aquellos instantes tenía bastante ocupación con extinguir las llamas, Fátima fué hacia el salón.

Miró entre las parejas de bailarines, y nada. El albo turbante de su esposo no se veía entre ellos. Anduvo cautelosa por entre las mesas y, por fin, al llegar ante un coquetón saloncito que daba al gran salón, vió a su Ali en íntimo coloquio con una desconocida de portentosa belleza.

Fátima apoyóse contra el quicio para no caer desmayada, y llevóse ambas manos al pecho para contener los latidos de su corazón, próximo a estallar. El doctor advirtió la presencia de la joven árabe e interrumpió la conversación que todavía sostenía con Brefont para ir a su encuentro. Ali, que también se había dado cuenta de la presencia de su esposa, se



...y estrachamente emboscados, entregáronse a la vorágine de la danza.

levantó al ver llegar al médico y fué a su encuentro, sin abandonar el brazo de lady Watson.

El príncipe lanzó sobre Fátima una mirada fulminante, aniquiladora, a la cual ella correspondió con otra de rendida sumisión, intencionalmente acariararle. Miss Mary, ante aquel cambio de enigmáticas miradas, interrogó al príncipe con sus ojos.

Es mi hermano menor que ha venido a

Europa sin mi permiso—dijo Ali en voz alta—, pero mañana mismo regresará.

Doctor—prosiguió—, ¿señal usted tan amable que tuviera la bondad de acompañarlo otra vez a mis habitaciones?

Ali, como si aquello hubiera sido un incidente sin importancia alguna, una vez vió desaparecer a su esposa, conducida por el buen doctor, comenzó a reír y bromear con la mayor naturalidad del mundo. Mary estaba cada vez más enamorada de aquel hombre excepcional. ¿Amada por un príncipe? ¿No era aquello una historeta como las de los cuentos de hadas, que tanto la entusiasmaban de niña?

Para ella, Ali era eso: un príncipe que venía en busca del amor, y ella era la centésima rubia, escogida por las hadas buenas para columnar de folledades.

Su idilio con el príncipe había venido a sumirle en una especie de sueño que parecía abrir a su espíritu nuevos horizontes, perspectivas desconocidas y encontradas. Por primera vez en su vida lady Watson sintió ganas de reír, de llorar y de saltar a un tiempo.

—¡Qué feliz soy!—dijo por fin, llevándose a los ojos su fino pañuelo de batista, ornado por ricos encajes de Malinas.

El príncipe, al despedirse, le había besado su mano, y con aquella voz suya tan dulce, tan penetrante, que sabía llegar hasta el fondo del alma, le había dicho: «¿Tendré el honor de pasear mañana por el Bosque de Bo'onia en su compañía?» Y ella, transportada por aquellos dulces acentos, que parecían contener todas las melodías, contestó con un «sí» apagado, abandonándose en el regazo del príncipe

encantador que la estrechó con toda la fuerza de sus membrudos brazos.

Entretanto, en las habitaciones de Ali una hermosa mujer se arrastraba a los pies del tirano de amor.

—¡No, Ali, por lo que más quieras!... ¡Todo menos eso! ¡No me separes de ti! Seré tu esclava sumisa y obediente, no volveré a importunarte más con mis celos, pero ¡no me hagas partir!... Yo te prometo que nunca jamás volveré a salir de mis habitaciones... pero no me prives la dicha de verte, porque me harías morir...

Y la hermosa mujer abrazaba por los pies al dueño de su corazón, que repetía inflexible:

—¡Mañana partirás para Africa! ¡Es el menor castigo que puedo dar a tu desobediencia de esta noche!

Viendo la inutilidad de su esfuerzo y conociendo como conocía la firmeza de las resoluciones de su esposo, Fátima hizo lo único que podía hacer: tomó papel y pluma y escribió al doctor:

«Señor Varguier: Ali me obliga a marchar. No hay medio de disuadirlo; es cosa ya decidida. Ahora un ruego: usted es el único que puede hacerlo volver pronto. Hágalo por mí; que regrese cuanto antes, porque sin él no podría vivir... ya lo sabe usted.

«Fátima.»

Pasó la noche, que para unos fué de dulces sueños y para otros de torturante pesadilla, y vino el nuevo día a traer nuevos acontecimientos.

El primero de todos fué el paseo en auto de lady Watson por el Bosque, verificado a la hora convenida. El segundo fué el encuentro de la feliz pareja con el orondo conquistador Suresnes, hijo de Brefont, que, al reconocer a los enamorados, tomó el primer taxi para ir a contarle la novedad.

Suresnes llegó al «chulo» del hotel más emocionado que si le hubiesen anunciado el estallido de una nueva guerra europea, jademite y sudoroso.

— ¡Chico, lo inconcebible! Acabo de ver a tus cinco millones en dño sentimental por el Bosque de Bolonia paseando con el árabe...

— ¡Me lo zumbó! — murmuró con rabia Brefont—. Ese moco, con su aureola de mago de Oriente, pretende jugarne una mala partida; pero ya le enseñaré yo cuántas son dos y dos...

— Perdona, Brefont; si yo hubiese sabido que la noticia iba a excitarte tanto, me hubiera guardado de...

No, si has hecho muy bien. Vale más que me hayas prevenido...

Casi al mismo tiempo que Suresnes, regresaron al hotel los dos enamorados. Para Mary aquel paseo era el más agradable de su vida. Jamás le pareció que corriera tan de prisa los minutos. El fresco de la mañana, colocando sus mejillas, hacía aparecer doblemente hermosa. Dijérase que era su piel un amasijo de rosas y azucenas.

Allí, decidido y enérgico, comprendió el estado de ánimo de la princesa de sus sueños, de aquella niña de cabellos de oro (verdadera antítesis de su Fatima, belleza tan perfecta como la otra, pero que, por ser en todo dis-

linta, era otro ideal completo), y se propuso no perder la ocasión, declarándose tan pronto como llegó a sus habitaciones.

Para el príncipe, cuya concepción del amor, como musulmán, era, por lo tanto, complicada, Mary era la realización de un ideal amoroso que podía convivir perfectamente con el otro.

Acostumbrado a pensar de esta forma, por



— ¡Qué feliz soy!...

haber vivido dentro de este ambiente, en su alma se ligaban a maravilla los dos amores; se completaban el uno con el otro y podía ser de dos, como de trescientas mujeres, sin desdenar a ninguna de ellas, ya que para todas hubiese podido tener igual cariño y admiración.

Por eso, al declarárselo a Mary, no pensó ni por un momento que su matrimonio con aquella hermosa europea pudiera traerle la me-

nor complicación; no pensó en que sus almas, en absoluto distintas, podrían algún día dejar de comprenderse.

Si Mary resultaba hermosa ataviada con sus trajes de sociedad, vista en sus habitaciones, con la rica bata de seda y encajes, resultaba realmente encantadora. Allí contemplaba sus finos labios, sus dulces ojos encuadrados dentro de unas cejas perfectas, su encantadora sonrisa, y sentíase cada vez más atraído, más subyugado...

—¡Mary, la adoro con toda mi alma! Es usted mi ilusión, no sabría concebir la vida sin el encanto de esos ojos claros que tienen toda la poesía de mis noches de África... toda la dulzura de sus playas norteañas. ¿Quiere usted ser mi esposa?—dijo por fin el príncipe, acompañando sus palabras de un ademán de súplica.

La pregunta, no por esperada menos temida, dejó a Mary casi sin aliento. De su contestación dependía que aquella felicidad soñada fuera un hecho.

—Es usted muy amable, Ali—dijo ella, llamándole por su nombre por primera vez—. No debo ocultarle que su pregunta me colma de alegría, que la esperaba; pero ahora me toca a mí preguntar: ¿cree usted que seremos felices? ¿No le parece que nuestra diferencia de costumbres nos hará discrepar en las cosas más fundamentales?

—El amor que por usted siento, Mary, es bastante para borrar cuantas diferencias pudieran surgir entre nosotros. Dígame si me ama como yo a usted, dígame si se siente capaz de expatriarse y compartir conmigo su

vida, y no le inquiete lo demás. Este será el único sacrificio verdadero entre todos los que le pida.

—La patria está donde se encuentra la felicidad, Ali.

—Y la felicidad donde está el amor, Mary; no lo dude. Será usted la reina de mi harem. Los más ricos perfumes de Oriente arderán en los pebeteros de su cámara, todas las joyas más ricas me parecerán indignas de adornárselas, y los esclavos se posternarán ante usted como ante una reina. El soñado paraíso de Mahoma no será nada comparado con la dicha que le aguarda entre mis brazos allí en mi palacio de Argel...

¡Allá en mi palacio de Argel!, pensó Mary. Anhel palacio de sus ensueños, oyendo al príncipe, se le representaba como un alcázar encantado, lleno de mágicos surtidores, de espesas avenidas de palmeras pobladas de ruiseñores, cantando eternas dolores de amor. Y cuando el príncipe, con mayor vehemencia que antes, volvió a repetir: «¿Se decide a ser mi esposa?», ella contestó que sí. Pero un sí rotundo y categórico, sin vacilación de ninguna especie.

Ali-Ben-Moktar salió de la estancia radiante de júbilo. Al llegar a la calle, que le parecía estrecha para contener tanta felicidad como anidaba en su pecho, se encontró con el señor Brelaut, que salía a su encuentro.

—A pesar de que me es usted profundamente antipático, me voy a permitir darle un consejo—dijo el joven, lanzando fuego por sus pupilas.

—Usted dirá—repuso el príncipe sin inmutarse.

—Que deje usted tranquila a lady Watson, porque de lo contrario...

—De lo contrario, ¿qué?

Brefont intentó darle una bofetada al príncipe, pero éste, que adivinó su intención, le asió el brazo con la rapidez del rayo y, sin esfuerzo aparente, lo levantó en vilo, cual si hubiera sido un chiquillo.

—No tengo necesidad de recibir consejos de nadie, señor Brefont, y menos de un siyergienza como usted!—dijo el árabe, dejándolo en el suelo.

—¡Nos veremos en el terreno del honor, señor mío! exclamó Brefont, sacando su tarjeta.

—Es en el único terreno que deseo ver a usted. Míndeme sus padrinos cuando quiera.

Aquella tarde, entre los huéspedes del hotel, no se habló de otra cosa que del duelo entre el príncipe árabe y el señor Brefont, concertado para el día siguiente al amanecer. Quien más, quien menos, todos creían que el duelo se reduciría a un cambio de salvos, sin más consecuencias que un almuerzo conciliador.

El doctor Vargnier, amigo de ambos contendientes, intentó impedir el combate, sin éxito alguno. Los dos enemigos opinaban que mientras uno de ellos subsistiera no habría felicidad posible para el otro y fue inútil que el doctor invocara el escándalo que ello suponía para el buen nombre de la joven.

Antes de pasar adelante, no estará demás hacer constar que lady Watson era desde hacía algunos meses amiga y cliente del doctor. Para éste, la linda inglesa, a quien conocía a fondo, había sido siempre algo más que una simple amiga, si bien es cierto que por delicadeza jamás se atrevió a hacer alarde de sus sentimientos.

El doctor Vargnier adoraba a Mary con toda su alma. Su amor, alimentado desde tiempo, era un amor puro y sin mancha, y quizá por esta misma pureza no se atrevió nunca a manifestarlo. Le parecía que el vulgo hubiera visto en aquello un deseo interesado; creía que

su condición de médico de cabecera, cuya misión se acerca algo a la de confesor, le impedía obrar con la libertad que hubiese obrado de ser Mary una desconocida y esperaba que el azar le deparara la ocasión que él mismo no se sentía con valor para ir a buscar.

No hay para qué decir cuánto sufrió el buen Vargnier con el anunciado encuentro y hasta qué punto trabajó por impedirlo. Como ocurre siempre en estos casos, Mary, la verdadera protagonista de aquel drama, era la única que no sabía una palabra de cuanto estaba sucediendo. Se acostó más temprano que nunca y pasó gran parte de la noche soñando con su príncipe encantador, con sus palacios, coronados por cúpulas romas de nitida blancura, y con sus regimientos de esclavos tocados de albos jaiques.

Serían las ocho de la mañana cuando la doncella le entró el desayuno. La joven sirviente parecía como preocupada; quería decir algo a su señora y no se atrevía.

—Quería decir algo a la señora, pero no sé si debo...—dijo por fin, venciendo su timidez.

Por la actitud de la doméstica coligió la joven que algo grave quería comunicarle; sus ojos buscaron los de la sirviente con ademán suplicante.

—Dicen—continuó ésta—que el señor Ali-Ben-Moktar ha salido muy de mañana a batirse con el señor Brefont.

Mary quedó como paralizada por el terror. Era muy posible que a aquella hora uno de los dos hombres estuviera sin vida. En aquel instante la joven maldijo inmente su belleza y el egoísmo de los hombres, que no saben re-

frenar sus pasiones. Hubiera deseado ser fea, tan fea como para que ningún nacido se fijara nunca jamás en su semblante. Su cara de muñeca parecía la personificación del dolor.

Tiróse de la cama y, como un autómatas, se fué hacia un crucifijo enclavado en uno de los ángulos de su habitación.



—El príncipe me lo ha dicho todo, señor

—¡Dios mío!—murmuró, cayendo de rodillas—, Tú, que lo puedes todo, haz que no se maten; que no muera ninguno de los dos... Y si alguno sale herido... que no sea éste.

—¿Sabe usted si ha ido con ellos el doctor?—dijo por fin, volviéndose hacia la muchacha.

—Sí, señora, dicen que salió con el príncipe.

Lady Watson tenía ciega confianza en Vargnier y esta contestación pareció tranquilizarla en parte. No obstante, permaneció todavía un buen rato ante el crucifijo. Cada vez que al-

quien pasaba ante sus habitaciones, la joven voló hacia la puerta, esperando ver aparecer a su amado.

Por fin, tras un buen rato de angustia, llegó el doctor con cara sonriente.

—¿Y él, doctor?...

—Si ese él—repuso Vargnier—quiere decir el príncipe, lo verá usted en seguida. Viene detrás de mí.

En efecto; al instante volviéndose a abrir la puerta y Ab-Ben-Moktar se presentó ante la joven, que estuvo tentada de estrecharle en sus brazos.

—¡Oh, cuánto me alegro de verle!—murmuró con voz veada por la emoción, vertiendo lágrimas de alegría—. ¡Dios ha escuchado mis ruegos!...

—Cuando se ama como yo amo, Mary, no se puede morir. La voluntad de vivir nos hace salir triunfantes de todos los peligros...

El príncipe, loco de contento al ver aquella prueba de amor de su adorada, salió de la estancia para cambiarse de traje, quedando la joven a solas con el doctor.

—Veo—dijo éste—que el príncipe le inspira más interés del que yo me figuraba.

—Para usted, amigo Vargnier, no tengo secretos. Lo amo con toda mi alma.

—Pero esto ha sido un tiro, querida lady. Yo nunca pude imaginar que una joven como usted que conoce el mundo se entusiasmara tan rápidamente... ¿Se han prometido acaso?

—Sí, señor... Me dijo ayer que si quería ser su esposa, y... aceptó.

—Mary, si me hubiera pedido mi parecer, le habría aconsejado todo lo contrario. Soy un

buen amigo de usted y esta amistad me da derecho a ser su consejero... Usted no conoce ese país al cual quiere ir a vivir; si lo conociera, y supiera algo de sus costumbres, quizá pensara de otra manera. La mentalidad de los árabes es muy complicada... ¿Le ha dicho el príncipe?...

—El príncipe me lo ha dicho todo, doctor, absolutamente todo...

—¿Y a pesar de eso insiste usted?

—Insisto. Precisamente estas complicaciones psíquicas, esta diferencia de costumbres, es lo que más me encanta. Se apartan de lo vulgar; encierran una poesía e idealidad, que por lo mismo que las desconozco, el solo presentimiento ya me subyuga... A buen seguro que si el príncipe fuera un hombre como los demás no me amaría tanto, ni yo a él.

—Lady, perdone mis palabras. Creo haber cumplido con un deber de verdadero amigo avisándole. Quizá no me vea en unos días; tengo que ausentarme de París por un asunto inaplazable. Dentro de dos meses iré yo por Argel y ¡quiera Dios que entonces pueda decirle lo mismo que ahora!...

Comprendiendo que toda reflexión sería imposible, y no queriendo ser testigo de aquel idilio que a su juicio era la desgracia de su amada, el doctor Vargnier dejó de visitar a su adorable amiga.

El príncipe, libre ya de su esposa, pudo dedicarse por entero a gozar de aquel amor que por el momento llenaba su vida entera, y, en evitación de posibles complicaciones, apresuró cuanto pudo la marcha. Una semana después los dos enamorados embarcaban en el puerto

de Marsella con rumbo al continente africano.

La mar, apenas rizada, acariciaba los costados del buque, que parecía deslizarse sobre las ondas como impulsado por fuerzas misteriosas. Un sol espléndido, presagio de una deliciosa travesía, iluminaba el camino que a Mary le parecía el de la felicidad eterna. El viaje fué corto, curtísimo. Para los que vuelan en aras de la felicidad, sin preocuparse del tiempo ni del espacio, sin contar las horas ni los días, es la vida un sueño delicioso.

Así, el grito de «¡Tierra!» pronunciado con voz estentórea por todos los pasajeros le pareció una ridícula manifestación de alegría, desprovista de todo sentido. Por su gusto hubiera permanecido eternamente en aquella isla florante, mecida a todas horas por la dulce brisa. Aquel silencio, aquella calma y aquellos horizontes infinitos le parecían el mar más adecuado para la inmensidad de su amor.

Al desembarcar se encontró ante un mundo extraño, completamente desconocido. En el muelle, abarrotado de las mercancías más heterogéneas, pululaban miles de personas tocadas con rara indumentaria.

Vió caras horribles, cubiertas de pelos lisos; barbas rasas y crespas, surcadas por arrugas de profundidad insondable. Eran figuras monstruosas, carecis de pesadilla cubiertas por el rojo tez o el vahninoso luhante. Entre todas estas gentes, que parecían los comparsas de una intensa carnavalesca, destálhase de cuando en cuando algún que otro europeo, con el aire estador de hombre superior.

Tomaron el magnífico automóvil del príncipe y dejaron atrás el barrio europeo de ca-



Al desembarcar se encontró ante un mundo extraño...

lles amplias y casitas bajas, que parecían brillar como ascuas bajo la caricia de un sol abrasador. Allí, escondido en medio del barrio morisco, ocupando una extensión formidable, hallábase el palacio de Ali-Ben-Moktar.

Era el alcázar soñado. Hermosas palmeras altas y cimbreantes, semejantes a inmensas sombrillas, cubrían los jardines; cuyo silencio sólo era turbado por el murmullo de las fuentes cristalinas. Evónimos, jazmines de penetrante aroma, azucenas, rosas, claveles y multitud de flores para ella desconocidas decoraban aquel mar de verdura, escondido entre paredes altísimas, como un tesoro avaramente guardado.

Su cuarto, cubierto por los más ricos tapices de Oriente, daba al zoco de la ciudad. A través de las paredes, agujereadas como aspilleras, veíase una multitud abigarrada y polícroma; quienes cubiertos de harapos, de ricas sedas otros, y todos de manera inverosímil, según los gustos y costumbres de la vieja Europa, que dos días antes acababa de dejar.

Un murmullo constante e ininteligible, gritos en lengua bárbara y desconocida, venían a filtrarse a través de los agujeros, por donde, sin dejar entrar el sol abrasador, venía a raudales la luz. Desde detrás de aquellas paredes, cuya construcción especial de momento no pudo imaginar, veía Mary las tiendas en plena calle. Compradores y vendedores realizaban sus transacciones al aire libre.

De los pacientes camellos iban descargando pesados fardos de mercancías, que al momento quedaban extendidas en el suelo, a la vista de los adquirentes.

Aquel espectáculo la distraía en gran manera. Y quizá por esto mismo, por este ambiente tan nuevo no se dio cuenta de que desde su llegada a África su esposo había cambiado totalmente. Pasaba horas enteras sin más compañía que su fiel esclava Hinno, una jovencita de doce años, que, al verse tratada con las muestras de cariño con que su nueva ama lo hacía, se consideraba la más feliz de las mujeres.

¡Un mes llevaba ya Hinno en compañía de su nueva dueña y no le había pegado ni una sola vez! Antes al contrario, en algunas ocasiones, cuando estaba sola la dama rubia, cuando hacía muchas horas que no había venido su dueño y señor, observó la esclava, en el colmo de su asombro, que la señora europea la acariciaba con lágrimas en los ojos y le decía frases cuyo sentido, las más de las veces, se quedaba a medio comprender.

A Hinno le parecía que su señora no era feliz en su encierro. Sin embargo, la pequeña esclava llegó a notar que su señora se transfiguraba al llegar el príncipe, y que volvía nuevamente a llorar al recibir sus caricias, pero lloraba y reía a un tiempo, por lo cual la niña pudo colegir que aquellas lágrimas eran de alegría...

La joven mora, en los pocos días de convivencia con su ama, había llegado a adorarla como a una divinidad. Si la rubia europea le hubiese pedido su sangre, se la habría dado de buena gana. Cuando la señora reía (lo que sucedía casi a todas horas), ella se ponía a sus pies como un perrito, esperando recibir las caricias de sus dedos de color de rosa, y si

loraba; Hínoo cogía la zarbuka y comenzaba a cantar las viejas canciones del desierto, llenas de melancolía, que tanto parecían complacerla.

Para la fiel doncella, la hora más feliz era aquella del atardecer en que su señora solía salir de compras acompañada del príncipe. Volvía cargada de cosas, de ricas telas o joyas raras, que miraba con supremo deleite, cual si fueran juguetes de su predilección. Pero esto sólo sucedía dos veces por semana; los días de zoco. ¿Los demás días?... También como miraba cuando no la veía la dueña de cabellos del color del sol.

Cierta tarde de zoco, Mary salió con su esposo, como de costumbre. Siguiendo su paso llegaron hasta la tienda del hebreo Manasés, un comerciante que casi siempre tenía su puesto desierto, no obstante y poseer las más ricas telas.

Ojo, rechoncho, cubierta su cabeza por estrafalario casquero de fieltro que apenas cubría parte de ella, rodea por la ríña, estigma de raza, el ladino Manasés los recibió con mil salutas y saludos.

—¡Bendito mil veces sea Jehová por haber permitido que tan ilustres príncipes honren con su presencia mi humilde cabaña!

Hesóse repetidas veces la mano, que llevó hasta su frente, haciendo otras tantas genuflexiones, y tocó, en señal de profunda sumisión, la parte inferior de las faldas de Mary, llevándose después a los labios las puntas de sus dedos.

Mientras Mary se entretendía mirando las deliciosas chucherías, el hebreo hizo al príncipe

un signo significativo y le enseñó un álbum de retratos, cuidadosamente guardado en un cajón.

—Señor, no hay nada mejor en toda Argelia, Hebreas como niñas, turcas que son verdaderas huris de Mahoma, egipcias dignas de un sultán, negras mestizas, ardientes como la



Cierta tarde de zoco, Mary salió con su esposo como de costumbre.

misma pasión, francesas, italianas, españolas...

Allí, que hojeaba el álbum, fija la atención en su esposa, lo entregó al hebreo al ver que ésta volvía la cabeza.

—Ven mañana por mi casa y hablaremos— dijo en voz baja.

Mary notó algo misterioso, más en los gestos que en las palabras, que dichas en árabe no las entendía, pero de momento, no dió a aquello ninguna importancia.

Al volver al palacio, encontróse con un grupo de turistas ingleses, entre los cuales figuraban algunos conocidos suyos. Llena de júbilo al ver caras amigas, acercóse a ellos coqueteando, prodigándoles las más caras muestras de afecto. Sintió una verdadera alegría al encontrar caras amigas después de tantos días de encierro.

—¿Qué se dice por Londres? ¿Qué pasa por París? ¿Qué hacen en la Ópera?...

Cientos de preguntas fluían a sus labios atropelladamente. Quería saberlo todo, enterarse en cuatro palabras de cuanto sucedía más allá de las paredes de su jaula de oro...

A dos pasos de ella, Ali, contemplábala con rostro ceñado. Por el bostezo sombrío de su esposo advirtió que aquella conversación no era de su gusto y mal de su grado, se vio obligada a separarse de sus amigos, sin atreverse a ofrecerles su casa.

—Piensa—le dijo luego Ali, con cierta expresión de cólera—que eres la mujer de un Caid y que ciertas cosas, no puedes hacerlas sin el consentimiento de tu esposo.

—¿Es que mi esposo puede prohibirme que salude a mis amigos?

—Aquí las mujeres no tienen más amigos que su marido. Debes procurar ir adaptándote a las nuevas costumbres del país; romper con tu pasado y desear tus hábitos europeos...

Mary calló; durante el resto del camino no cesó un momento de pensar en las frases de Ali «debes romper con tu pasado y desear tus hábitos europeos...» Lentamente, su amor iba despojándola de todas sus libertades.

Parecía que su actitud obedeciera a un plan estudiado. Sus entrevistas iban siendo cada día menos frecuentes y sus caricias menos vivas. Aquella actitud vino a aumentar las zozobras que desde hacía algunos días se iban amontonando en el pecho de la dulce Mary y por primera vez, comenzó a pensar que no había obrado cuerdamente. Su pensamiento volvió hacia el doctor Vargnier.

IV

La causa de los desvíos del príncipe, el agente principal de todos los infortunios de Mary, era en este caso Fátima. Al tener noticia de que su esposo había traído consigo a la rubia europea que conociera en París, Fátima había extremado sus caricias, se había ido mostrando más tierna, más amante y haciendo lo imposible por volver a reconquistar para sí el amor del idolatrado Ali.

Aquella misma tarde, mientras éste había salido de paseo, Fátima mandó venir al hacem a una famosa quiromántica que sabía leer los destinos de las personas consultando las rayas de las manos.

Tú que sabes leer el porvenir — dijo Fátima — mira mis manos y dime si todavía puedo ser feliz.

La quiromanta le hizo colocar sus manos sobre un recipiente lleno de harina y de acuerdo con las rayas allí trazadas, comenzó a trazar signos cabalísticos, al par que murmuraba palabras incoherentes.

—Estad tranquila amable sultana — le dijo por fin — la otra tampoco es feliz. Ten paciencia y esperanza que tu esposo volverá a ser tuyo.

—¡Al-lah sea bendito buena mujer; me daís

la vida con la esperanza — murmuró Fátima radiante de alegría.

Por primera vez desde la llegada de su rival pudo dormir Fátima durante toda la noche y por primera vez desde su llegada se pasó Mary la noche sin poder conciliar el sueño. La idea de que Ali había cesado de amarla, no se apartó un instante de su mente.

Al día siguiente, al levantarse encontró sobre la mesita de su cuarto algunas revistas inglesas. Abrió una de ellas al azar y vió su retrato en una de las páginas.

He aquí lo que decía la revista: «Lady Mary Watson cuyo reciente matrimonio con el príncipe Ali-Ben-Moktar ha sido la nota sensacional de esta temporada. Los comentarios a que dicha boda ha dado lugar entre nuestra alta sociedad, hacen que lady Mary sea hoy día una mujer popular y su retrato una nota de verdadero interés periodístico».

En otra ocasión, dos semanas antes por ejemplo, la publicación de aquella foto hubiera llenado de orgullo a la encantadora millonaria. Al presente, le parecía un verdadero sarcasmo. El mundo, su mundo, mejor dicho, seguía ocupándose de su persona, de sus amores...

Mary sintió ganas de salir, de tomar el aire y el sol. Le parecía que aquellas paredes se le venían encima. Además, sentía deseos de rezar, de volcar sus penas en el rezo acogedor de aquel que todo lo oye y a todos atiende.

Oyó la voz de su esposo en la cámara contigua y salió a comunicarle su desecho. Ali, a la sazón en misterioso coloquio con el repugnante Manásés, se adelantó hacia su esposa:

—No te lo había dicho todavía y por lo tanto, no debo enfadarme, Mary — dijo con acento brusco—pero de hoy en adelante, te ruego que no vuelvas a penetrar en mis habitaciones sin hacerme anunciar primero ¿me comprendes?

—Perdóname Ali—repuso ella luego que pudo dominar su turbación—venía únicamente a decirte que deseaba dar un paseo en coche.

—Está bien, mujer, Espera.

—¿Sulimán?—gritó desde la puerta de la cámara—Dígame a Tomás que prepare el auto para la señora.

Compareció el eunuco que ya conocemos haciendo un sin fin de genuflexiones y tras los saludos de rúbrica, marchó a cumplir la orden.

—Puedes salir si así lo deseas. No te acompaño porque tengo que arreglar ahora mismo una cuestión de negocio con este comerciante—dijo el príncipe acompañándola hasta la puerta.

—¿A dónde quiere ir la señora?—preguntó el chófer que ya se hallaba esperando sus órdenes.

—¿A la mezquita?

El auto cruzó rápido por entre las calles tortuosas, llenas de abigarrada multitud que no despertó en Mary la menor atención. La joven, ignorando que iba a un recinto en el cual por su condición de europea le hubiese sido prohibida la entrada, sólo pensaba en llegar a la casa de Dios para mandarle sus plegarias desde aquel lugar de recogimiento y penitencia.

Entretanto, el príncipe acordaba con el horrible negociante de carne humana los detalles para una gran fiesta que aquel mismo día

daría en su propio palacio, y a la cual debían concurrir todas las concubinas del prostíbulo del harem.

Al llegar el coche a la mezquita, Mary tuvo ocasión de comprobar que a pesar de sus repetidos esfuerzos se negaban a ceder las portezuelas.



Acordaba la industria y vió una ballarina turca.

El buen Tomás, europeo, y por consiguiente simpatizante con la señora, a quien apreciaba por su carácter tanto o más que por la afinidad de raza, se compadeció de ella:

—No se moleste más señora—le dijo con todo el respeto—Las puertas están cerradas con llave por orden del señor.

Un rayo que hubiera caído a sus pies no le habría hecho a Mary más efecto que aquellas palabras de su criado, dichas con la mayor ingenuidad. El dolor, la ira, la pena y la indignación, libraban en aquellos momentos enronada lucha en su espíritu. Durante unos minutos permaneció apoltonada en un rincón del coche, cruzadas las manos y con los ojos desmesuradamente abiertos, cual si no pudiera dar fe a lo que acababa de ver y oír.

— Si la señora me da palabra de no comprometerme — prosiguió el chófer más apenado cada vez, al ver su actitud de dolor — le abriré; pero piense que si el príncipe se entera, caerá sobre mí el peso de su ira.

— Gracias, Tomás; muchas gracias. No temas, que por mi culpa, no recibirás castigo alguno — y luego como tomando una súbita resolución prosiguió —. ¡Llévame a casa en seguida; a toda velocidad!

— ¡Dios mío... Dios mío! ¿Es posible que este hombre me trate de esta manera? — murmuraba la infeliz ahogada por la pena. ¿Habré deshecho mi vida para entregarla a un tirano?...

Al subir hacia sus habitaciones, llamó su atención una dulce melopea que parecía llegar desde uno de los patios. Acercóse a la balaustrada y vio a una bailarina hebrea, que, semidesnuda, bailaba una danza enervante. Mientras, otras mujeres, desde un taller situado en medio del cuadro que hacía las veces de escenario, servían a los invitados en delicadas tacitas de china, el aromático té del país.

Debajo mismo de ella, recostado sobre una hembra en cuyo rostro demacrado se leía el

estigma de su vida crápulosa, hallábase Ali fumando un cigarrillo.

Era lo único que a Mary le faltaba que ver para estallar su indignación. ¡Aquello era sencillamente monstruoso! Al llegar a su cámara, dió rienda suelta a su dolor... Por sus ternas y sonrosadas mejillas, rodaron lentas las lágrimas de la desilusión, tan ardientes, que parecía milagro no marcaran profundas huellas en su rostro.

Cuando mayor era su desesperación llegó la fiel Hirma con una carta; era del doctor Vargnier. Mary al ver la letra rasgó presurosa el sobre.

«Distinguida amiga: como le prometí al despedirme de usted, he venido a presentarle mis respetos. Con la portadora de la presente puede indicarme la hora que le parezca más conveniente. Espero sus órdenes en la Galería de Poniente, desde donde le escribiré. Muy afectuosamente. — Dr. Vargnier.»

— ¡Dile que pase al instante! — repuso Mary al mismo tiempo que trataba de borrar por medio de una ablución las señales del llanto reciente.

La esclava, sin duda porque no comprendió la orden, permaneció en el mismo sitio.

— ¿Aun estás ahí? — dijo lady Watson al volver el rostro y ver que la muchacha no se movía.

Hirma trazó con los hombros un gesto denotando no haber entendido la orden.

— Tienes razón, hija mía — repuso Mary recobrando su dominio —. Mejor será que le ponga dos letras. Así por lo menos, le darás el recado como yo deseo.

Rápida, tomó papel y pluma y trazó cuatro letras con puño inseguro.

«Venga usted cuanto antes, querido amigo. Tengo gran necesidad de contarle mis penas...»

—¡Me lo tenía! —murmuró Vargnier al adquirir el contenido del papel.

En la misma Galería de Podiente, oculto tras unas cortinas y sin perder detalle de cuanto hacía el europeo, hallábase el eunuco Sulimán. Al verlo penetrar en el cuarto de la dama rubia, salió disparado a contárselo a su dueño y señor.

—¡Oh, amigo mío, cuánto me alegra el verle! —dijo Mary estrechando las manos del médico— Hoy mismo quise pedir a Dios que viniera usted cuanto antes; no me ha sido posible, pero sin duda alguna. El, escuchó los ruegos que le hice desde el fondo de mi alma.

—¡Pobre Mary... cuán enrojecidos se hallan sus párpados!...

Soy muy desdichada, doctor; mi sueño de Oro se está convirtiendo en una pesadilla... Usted es el único que puede salvarme.

El príncipe celoso, cual nuevo Otelo, penetró en la habitación de su esposa como una tromba. Con gesto altanero rechazó la mano que le tendía el doctor.

—Me extraña mucho que usted que conoce nuestras costumbres, se haya atrevido a penetrar en estas habitaciones sin el permiso especial de quien puede dárselo.

—Príncipe... lady Watson no es ninguna musulmana y...

—¡Lo es desde el punto y hora en que se casó conmigo!

—No te reconozco el derecho a oponerte

a que reciba a mis amistades! —gritó fuera de sí la princesa— ¡Valdría más que en lugar de tener tanto celo por las visitas que yo pueda recibir, lo tuvieras tú por conservar la dignidad de esta casa, que desde el momento en que yo vivo en ella, debe ser para ti sagrada!

El príncipe, ante aquella actitud de su esposa, lanzó una sonora carcajada. Tan ridículas le parecían las frases de ella, que no pudo reprimir su risa.

Entretanto, Vargnier, con el corazón traspasado por el dolor de ver a su amada tan feliz, salió de la estancia.

—¡Una mujer queriendo dictar órdenes a su marido! —proseguía Ali-Ben-Moktar sin abandonar su risa nerviosa— Esto podrá ser muy corriente en tu país; en el mío, o por mejor decir en el nuestro, sería un absurdo...

—Un absurdo, cuando el marido tiene a su esposa como un mueble más!... ¡Pero no cuando la considera como su compañera!...

—¡Yo soy aquí el dueño y señor absoluto!... ¡Ordeno y se me debe obediencia! —gritó el príncipe sacudiendo a Mary por un brazo.

—Entonces... me consideras como una esclava! —murmuró ella consternada.

—¡Sí... como una esclava, si tal es tu interés!

Mary, al oír estas últimas frases que acababan como quien dice de levantar el telón de la tragedia de su vida, cubrióse el rostro con ambas manos y se dejó caer sobre el lecho, presa de horrible desesperación.

Ali quedó un rato contemplándola. Estaba pesoso de haber obrado con tanta dureza. Amaba a la bella lady con toda su alma y al

verla padecer, hubiese sufrido extraordinariamente; pero ¿podía hacer otra cosa, por ventura? Ella, mujer al fin y al cabo, debía ir poco a poco acostumbrándose a las cosas del país... Ningún caído le hubiera consentido a su esposo lo que él le consentía a Mary: salir a la calle, y menos con la cara descubierta, como una mujer de la más baja condición...

Y después de tantas concesiones, de tantas claudicaciones por su parte, todavía pretendía la europea investigar su vida; ¿la vida del esposo, que debe ser para toda mujer tan sagrada como la de un Dios?... Allí estaba Fátima, ¿Esa sí que lo amaba! Sumisa, amante, obediente; pendiente siempre de sus miros y siempre dispuesta a devolverle cien caricias por una.

Inconscientemente, llevado por esta asociación de ideas, Ali-Ben-Molnar fue hacia la otra parte del edificio donde con sus brazos eternamente abiertos a la esperanza, aguardaba la hermosa mujer de cabellos de azabache. Allí reconoció que había sido bien cruel con ella. Desde el punto y hora en que llegó la europea, su primera esposa vacía recinida en sus habitaciones, con prohibición absoluta de salir de ellas, so pena de recibir los más severos castigos. Ni un sólo día había estado en su compañía.

Hoy comencemos juntos—dijo el príncipe casi en voz alta mientras levantaba los ricos tapices de Samarcanda que cubrían la entrada del aposento de Fátima.

V

Así como tras la tormenta devastadora, vuelve a lucir esplendente el astro de la vida en el zafiro celeste, así también, tras el torrente de llanto en que gota a gota fue licuándose su dolor acerbo, Mary se sintió más que nunca fuerte y segura de sí misma.

Allí no era su esposo, era su carcelero... Su amor, su hijo, hasta pocos días antes, era un monstruo de maldad e indignidad. Ella, lady Mary Watson, era Ebre, hija de una nación en la cual la libertad y el libre albedrío se hallan por encima de todas las cosas... No podía ni quería acatar más leyes que las de su amor y puesto que éste acababa de morir en su corazón, debía huir, fuera como fuese.

Sentada sobre un escabel, fijó sus ojos en el infinito, mirando sin ver otra cosa que no fueran sus propios pensamientos, Mary fijó de pronto su mirada en una raya luminosa que parecía dibujarse en el fondo de la estancia, sobre el *jaili* de fino juncos polvorizado que hasta dos palmos más arriba de su cabeza cubría las paredes de su cámara. ¿Aquello debía ser una puerta excusada! ¿Cómo no se lo había ocurrido mirar hasta entonces?... Indudablemente, pensó, ¡allí está mi libertad!

Se levantó cautelosa, mirando a todas partes

como si temiera ser espiada y segura de no ser vista, se acercó hasta el resquicio, tan estrecho que ni siquiera permitía el paso de un rayo de sol.

No existía cerradura, aldaba ni picaporte delator de que aquello pudiera abrirse; no había otro indicio que la débil chispa luminosa. Mary, con esa testardez propia de la desesperación, comenzó a tanear por todas partes hasta que consiguió oprimir el misterioso resorte. Abrióse la puerta y la encantadora prisionera comenzó a recorrer pasadizos abovedados. Al llegar a un punto de los pisos bajos detúvose ante una puerta de tapices; llegaban a sus oídos como un murmullo de voces y una de estas parecía ser la de su esposo.

No entendía gran cosa de árabe, pero en sus dos meses de estancia en el país, había llegado a comprender bastantes palabras de uso familiar.

—Yo soy tu primera esposa...—decía una voz de mujer—toda mi vida es para tí. Debo ser la preferida, dueño y señor mío...

Signieron frases desconocidas, dichas con acento apasionado, palabras entrecortadas por el delicioso chasquido de los besos y al final, se oyó la voz de Ali:

—¡También yo te adoro a tí con toda mi alma, Fátima!...

Mary, al oír esta frase que tantas veces le había repetido Ali a su oído, penetró en la estancia. A pesar de su voluminosa indumentaria y de la larga y rizada cabellera que le pendía por los hombros y espalda, formando lindó contraste con el blanquísimo jaque, reconoció

en el acto las facciones de aquel hermano muerto que le presentara en París.

Mary lo comprendió todo y lanzando un grito desgarrador, quedó rígida sobre la rica alfombra de pitá y seda que recubría el suelo.

Ali-Ben-Moktar corrió presuroso a coger en sus brazos a la dama blanca, y hasta la misma Fátima compadeció en aquel instante



Lejos de todo y de todos en el corazón del África ardiente...

a la Venus de cabellos de oro que había venido a robarle parte de su felicidad. El sonrosado de sus mejillas había sido sustituido por una palidez cerúlea y alrededor de sus párpados medio entornados, dibujábase un círculo cárdeno.

¡De prisa!—gritó Ali a los eunucos que acudieron a sus llamadas—¡Id a buscar al doctor Vargnier!

Acto seguido tomó a la dama en sus robustos brazos y llevóla con sumo cuidado hasta su lecho, prodigándole las más tiernas caricias.

Cuando llegó Vargnier, el príncipe arrojaba de despertarla con un frasco de sales.

—¡Salvada, doctor, salvada!... —dijo Ali con voz suplicante—. ¡Se ha enterado de que tengo otra esposa; me ha visto con Fátima, y creí que se moría!

El doctor, miró con aire compasivo a la joven, que comenzaba a abrir los ojos, levantó el embudo de la tarre y comenzó a auscultarla.

Ali, al ver que el doctor apoyaba su cabeza en el seno de su amada, la arrancó de allí de un fuerte empujón.

Los dos hombres quedaronse mirando frente a frente; rabiando de celos el príncipe; de indignación el doctor. Este último sin decir palabra volvió nuevamente a cumplir su misión y nuevamente volvió el celoso marido a separarlo.

—Si no quiere que la visite, si no le da poder hacer lo que la Ciencia me ordena... ¿para qué me ha mandado llamar?—repuso Vargnier con grave indignación.

—Tiene usted razón, doctor!—exclamó el príncipe postrándose de hinojos ante su esposa—. ¡Es que no sé lo que hago!... La quiero tanto que tengo celos del sol que la besa, del aire que respira y del lecho que la acoge...

Mary, al notar que su esposo la acariciaba, retrocedió horrorizada.

—Déjala estar, Ali—le ordenó el doctor—. Es conveniente que la deje tranquila durante unos días. Se trata de una crisis nerviosa, muy

fuerte y cualquier trastorno podría acarrearle graves consecuencias.

El príncipe salió de la habitación como un autómatas. Adoraba a Mary con delirio y ante la sola idea de que ésta pudiera morir, creía enloquecer.

Por otra parte, Mary había rechazado sus caricias, le había dado a entender que le odiaba y éste era el mayor de sus tormentos. ¡Necesitaba decirle su amor, contarle su pena, convencerla!...

Cuando salió el doctor, Ali-Ben-Moktar volvió a penetrar en la habitación.

—¡Mary, amor mío!... —le dijo abrazándola.

—¡Asesino, perjuro, apartate de mí vista!... ¡Tú no eres mi esposo, eres mi verdugo!... ¡Gritaba ella pugnando por desasirse—. ¡No volverás a besarme jamás... jamás! No te pertenezco.

—¡La va usted a matar! —dijo el doctor apartándolo con energía—. ¡Vámonos!

El príncipe se dejó conducir.

—¡Pero, está usted loco?

—¡Loco, amigo Vargnier, completamente loco!...—repuso el joven príncipe mesándose los cabellos—. Y lo peor es que no encuentro solución a este problema que va a concluir con mi vida.

Ali-Ben-Moktar, estaba imponente; sus hermosos ojos de conquistador irresistible, parecían querer salirse de las órbitas. Sus brazos fuertes y membrudos accionaban en todas direcciones, como queriendo aprisionar en ellos a un enemigo invisible.

—Me voy doctor—exclamó por fin—Sólo el

el Viejo Yumbella puede dar a mi alma la luz que necesito.

Montó sobre un soberbio corcel de pura sangre y lanzóse a galope tendido a través de los candentes arenales. Allí sobre un montículo, a orillas del desierto sin fin, cual faro en medio de las tinieblas, veíase una pequeña casita recién enjabelgada, refugio del celebre santón, famoso por su piedad y sus milagros.

Cuantos iban en busca de consuelo, volvían satisfechos de las palabras del sabio amaxoceta, que siempre sabía hallar la frase justa, el consejo admirable para volver la paz a las almas.

Mudo, hierático, cual esculpido en bronce, el sabio yacía sentado en un rincón de su cabaña, abiertos los ojos y fijas sus pupilas en algo que sólo él podía ver, no con los ojos de tiempo, sino con los del alma.

Cuando el príncipe penetró en su cabaña, el sabio santón no hizo ni el más leve gesto. Dijo que estaba por completo ausente del mundo y de cuanto le rodeaba.

—¡Al-lah es grande y sus designios son impenetrables!—exclamó el príncipe posternándose ante el anciano, cuyas guedejas blanqueadas por la nieve de los años, salían por bajo del turbante a confundirse con los otros pelos de su bigote y barba, no menos hirsutos y enmarañados.

—¿Qué triste es la vida—prosiguió el joven sin dejar su humilde actitud—cuando la misericordia divina del gran Al-lah nos abandona?... Anciano, tú que conoces las palabras infalibles, que sabes leer en las almas y que posees el don de devolver la alegría a los afligidos, dime: yo tengo dos mujeres, bellas como haris,

Una es el amanecer con el rosicler de la aurora, bella como el despertar del día con el canto de los pájaros y el aroma de las flores. Rubia cual los rayos del sol que son la vida... La otra, venerable santo, es el crepúsculo vespertino con todas sus melancolías. En su regazo amante encuentro el ansiado descanso, las ca-



...y sin que se distinga vacata los verdages, cortó las ligaduras del dolor...

ricias que enervan y el calor de sus besos es dulce como las ráfagas de aire tibio y perfumado de que nacen las palmeras del desierto; sus cabellos, largos y enarbolados como cadenas de amor, tienden el negro de las noches sin luna... Adoro a las dos con toda mi alma, porque son mi vida y ellas, con sus celos, me hacen el vivir imposible...

El príncipe hizo una pausa y prosiguió:

—La rubia, una europea, desde que ha sabi-

de qué tengo otra mujer, me odia, se rebela contra mí y mis halagos le inspiran horror. ¡Santo, dame tu consejo!

El viejo santón que había oído impávido toda la confesión, dió señales de vida; apoyó ambas manos sobre un leño que a guisa de bastón tenía sobre sus piernas y con lentitud desesperante, comenzó a hablar.

—Eres mahometano y debes vivir conforme a nuestras costumbres... La mano de Al-lah, invisible y poderoso, descarga sus iras sobre los herejes que hurtan su santa ley: he aquí tu castigo.

—La Europa infiel —prosiguió el santo— te ha contaminado... Tú has entrado en Europa y Europa no puede, ni debe entrar en ti... ¿Por qué no vistes como vestían tus padres?

—Sigue, santo, sigue; la sabiduría habla por tu boca—murmuró Ali más apaciguado, como si al referir sus culpas se hubiese descargado de ellas.

—Es necesario, pues, que se haga la luz en tu joven alma... Sal de esa laguna de dudas donde se ahoga tu fe... Regresa a tu hogar; se dueño de tus mujeres y de tu vida. Impón tu voluntad y Al-lah, siempre grande y poderoso, te colmará con todas las felicidades que sólo reserva a los verdaderos creyentes...

VI

Aquella misma tarde, siguiendo los consejos del anacoreta, el príncipe decidió partir hacia el interior del desierto, al oasis, donde él naciera, cuna de sus mayores.

Pocos días después, Mary, repuesta ya de su crisis, fué conducida también hacia aquel oasis, lejos de todo y de todos, en pleno corazón del África ardiente.

Al llegar la caravana ante el soberbio palacio, Mary, completamente muerta de cansancio y de calor, fué recibida por el propio Ali, que salió a la escalinata, vestido a la usanza de sus mayores, con cuya indumentaria sólo consiguió aumentar la aversión que su linda prisionera sentía por él.

—Te he traído aquí—le dijo—para que empieces una nueva vida entre nosotros.

Acto seguido la condujo hasta el gran salón.

—Espérame aquí, que vas a saber algo interesante.

Momentos después apareció, trayendo consigo a Fátima.

—Quiero—prosiguió—que entre nosotros no exista ningún equívoco. Esta que ves aquí es Fátima, mi primera esposa... Alas dos os amo por igual, sin distinción de ninguna clase, y es mi deseo que en lo sucesivo convicáis en

santa paz, como hermanas que sois en mi amor...

—¡Nunca, nunca!... gritó Mary—. ¡Antes la muerte que tolerar semejante humillación!

Al se dirigió hacia ella bramando de ira.

—Dejadme a solas con ella, señor y dueño mío—dijo Fatima, interponiéndose—; yo la calmaré.

—¡Alá, tú que eres todopoderoso, dame fuerzas para resistir esta prueba!—dijo el árabe, al par que salía de la estancia, dejando solas a las dos mujeres.

Aquella noche, aprovechando la partida de los camelleros que debían regresar a la ciudad antes de que el sol lanzara sus más cruentos rayos, lady Watson logró sobornar a uno por medio de su fiel Hinno y mandó una carta a Federico Vargaier.

Este se presentó al día siguiente en el oasis, a despecho del asfixiante calor.

—¿Qué cosas tan graves son esas de que usted me habla en su carta?—le preguntó el doctor.

Mary, apoyada la cabeza en su regazo, volvió sobre el doctor todas sus penas.

—Yo no puedo vivir con esta otra mujer—concluyó—. No puedo continuar aquí ni un día más... Doctor, usted es mi única esperanza. ¡Sálvame!

Fatima, al accecho de su rival, al observar la llegada del médico, corrió a avisar al príncipe. Este, seguido de dos eunucos negros, llegó en el momento preciso en que Mary abrazaba al doctor, rogándole que la libertara. Los dos gigantes de ébano se precipitaron sobre el europeo, ligaronle las manos y lo condu-

jeron hacia la parte posterior del palacio, donde estaba situado el garaje.

Tomás advirtió el triste fin que esperaba a su compatriota y, sin que se dieran cuenta las verdugas, cortó las ligaduras del doctor. Al mismo tiempo, con una de las herramientas del coche dejó tendido a uno de ellos, y entre él y el doctor acabaron con el otro, dejándole también sin conocimiento.

—Suba usted al auto, doctor; de lo contrario, no respondo de su vida.

—¡Gracias, Tomás! (Nunca olvidaré este favor). Vayamos al puesto de policía más cercano. Es necesario salvar también a lady Watson.

Al llegar al puesto de policía, el doctor se convenció de que por esta parte nada podría conseguir.

—Es una unión perfectamente legal, señor—dijo el comandante—. Esa mujer le pertenece y nada podemos hacer.

No le quedaba más solución que intentar un golpe de audacia, y, al efecto, se situó cerca del palacio, oculto entre un bosque de palmeras.

Volvamos al palacio y veamos lo que allí sucedía mientras Federico Vargaier salvaba su vida gracias a la abnegación de Tomás.

Al salir los eunucos llevando a rastras al doctor, el príncipe, cruzados los brazos sobre su pecho, aparentando una tranquilidad cien veces más temible que la ira misma, habló a su esposa:

—¿Quién podía prever que la comedia que representaste un día conmigo se convertiría en realidad?

Mary lo contemplaba asustada, muda de terror.

— ¡En realidad... hasta el fin! — añadió, remarcando las sílabas—. Ahora falta tu castigo. Éste no salió en la comedia, pero yo te aseguro que en la vida real el desenlace va a ser completo.

Lady Watson, arrodillada, sin poder llorar, tanta era su angustia, pedía a Dios la muerte. Una muerte instantánea cien veces preferible a una vida de martirio, a morir viviendo.

Entretanto, el príncipe, furioso al saber la fuga del doctor, combinaba el castigo de la europea, de acuerdo con Fátima, que casi lloraba de gozo.

— Ella misma se caerá en la boca del lobo — dijo el príncipe con marcada expresión de ira.

Llamó a Hiam y, clavando en su espalda la punta de un yatagán la conminó a obedecer.

— Llamarás a tu ama y por la mirilla de la puerta de su habitación vas a repetirla cuanto yo te diga.

La desgraciada muchacha no pudo resistirse. Los pinchazos del yatagán eran más fuertes que su voluntad.

— ¡Señora!... ¡Señora!... Todo el mundo duerme... Las puertas están abiertas... Puedes huir por el jardín... El señor Vargnier ha ido y ha mandado un coche que te conducirá hasta donde él te aguarda.

Rápida como una exhalación, Mary hizo cuanto le indicaba su fiel esclava. Vió el coche y se metió en él, sin saber a dónde ni con

quién iba. Sólo sabía que marchaba hacia la libertad y esto le bastaba.

— ¡Si hubiese sabido a qué punto la conducirán, a buen seguro no habría lamentado la lentitud de los caballos!

El lector, sin duda, recordará al repugnante Manasís. Remotamente de la ciudad y de la casa de Al-Ben-Moktatr había otro oasis, pun-



Vió el coche y se metió en él, sin saber a dónde ni con quién iba.

to de reunión de cuantos caminos salen de Argel para atravesar el desierto. Era la última parada de los mercaderes que llegaban tras penosas semanas de viaje.

En este punto estratégico tenía Manasís su almacén de carne humana. Allí era donde los caminantes, sedientos de placeres por la forzada abstinencia, saciaban sus instintos, y allí

era también donde concurrían no pocos poderosos de la capital para celebrar sus bacanales.

Al llegar frente al prostíbulo detúvose el coche y salió el propio Manasis a recibir a la dama.

—Espere, que pronto vendrá el amo—le dijo el repugnante hebreo cerrando la puerta con llave.

La acción de aquel hombre acabó de convencer a Mary de que había sido víctima de una celada. Mientras el fanto corría a raudales por sus mejillas, creyó percibir el rumor de varias músicas y gritos destemplados, aplausos e imprecaciones.

Al-Ben-Moktar, al galope de su caballo, salió tras el coche de Mary tan pronto declinaron los rayos del sol, llegando al oasis casi detrás de ella.

Por fortuna para la joven, Tomás y el doctor, que no vieron el coche, se apenibieron de la salida del príncipe y, sin ser vistos por éste, lo siguieron con el auto a larga distancia.

Conducido por Manasis, penetró el príncipe en la estancia de la cautiva.

—¿A dónde me has traído?—gritó ésta al verle—. ¿Qué nueva tortura se te ha ocurrido? ¿De dónde vienen esos gritos y esas canciones?

—Vas a saberlo en seguida—repuso Ali sonriendo de un modo feroz, mientras abría una puerta lateral—. ¿Ves esta sala llena de esclavas y de hombres ebrios? ¡Pues éste será tu domicilio de hoy en adelante! ¡Este es el castigo que damos aquí a las mujeres que nos son infieles!

El príncipe intentó lanzarla dentro del se-

recallo, pero Mary se resistió bravamente, multiplicadas sus fuerzas por la desesperación.

Al mismo tiempo, el doctor, que había penetrado por el salón, llegó hasta el teatro de la lucha pistola en mano y de un cortero golpe en el occipucio con la culata, dejó sin conocimiento al príncipe.



Estaban los árabes, ya como a unas cincuenta millas.

Los reunidos, vitado a un musulmán agredido por un europeo, quisieron cerrarle el paso.

—¡Alto, señores!—gritó Tomás desde la entrada, amenazando con sus dos pistolas automáticas—. ¡El que mueva un brazo es hombre muerto.

Segundos después, los tres europeos ganaban el auto y salían a través del desierto.

Tras ellos marchó un pelotón de jinetes mandados por el propio Al-Ben-Moktar. Los cor-

celes árabes, espolcados con fuerza, parecían llevar alas en sus patas. El auto, en cambio, a pesar de su gran potencia, hundidas en parte sus ruedas en las arenas movedizas, acumuladas por el viento reciente, apenas podía conservar la ventaja adquirida.

Llegó un momento en que una de las ruedas traseras quedó completamente empotrada en la arena, sin poder adelantarse ni retroceder. Los jinetes se acercaban con velocidad de pesadilla, lanzando estridente alaridos. Allí, a la cabeza de todos, disparaba su rifle. En la carrocería del coche había ya marcados varios impactos.

Los kilómetros de ventaja quedaban reducidos a cientos de metros con pasmosa rapidez.

—¡Ya están aquí! ¡Estantes perdidos, Federico, irremisiblemente perdidos! — suspiró Mary.

—Todavía no. También nosotros tenemos balas y mejor posición que ellos para disparar—repuso el doctor—. Cargueme usted las pistolas, que yo dispararé.

En tanto, el auto, cuyo motor lanzaba roncidos cada vez más estridentes, seguía dando envites atrás y adelante. Los jinetes, quizá por su mala puntería, cabe también porque el galope de los caballos no les permitiera asegurar el blanco, disparaban sin cesar y sus balas perdíanse todas en el aire.

Estaban los árabes ya como a unos cincuenta metros, cuando una de las balas del doctor vino a herir al propio Al-Ber-Moktar, que cayó violentamente de su corcel.

—¡Hágase la voluntad de Alá!—exclamó,

estirando brazos y piernas con estertores de muerte.

Los demás jinetes se apearon para socorrer al personaje moribundo.

El auto consiguió en aquel preciso instante añagarse un poco más en la movediza arena gracias a la disminución de revoluciones que Tomás imprimió al motor, y lentamente salió del atoladero para emprender otra vez rápida carrera.

Va era tiempo; los árabes volvían otra vez a la carga con ánimo de vengar la muerte de su caudillo. En el horizonte asomaba la luna y sobre la blanca arena destacábanse, fantasmáticas, cada vez más lejanas, las sombras de los perseguidores.

—Mary, no me atreva a decirse lo nunca, pero ahora se lo digo: la adoro con toda mi alma.

—Y yo también a usted, Federico. En estos días de infortunio ha sido usted la única persona que ha venido a mi memoria. De usted únicamente esperaba el socorro. Ha sido necesario esta espantosa tragedia para que llegara a comprender hasta qué punto estaba usted dentro de mi alma.

Y sobre las candentes arenas del Sahara, que bajo la luz de la luna parecía un lago de plata, aquellos dos corazones amantes uniéronse en apretado abrazo, prometiéndose una vida de venturas sin fin.

FIN

Pronto: Un número extraordinario de:

NAPOLÉON

(El genio de la guerra)

*La película más grande
que se ha editado hasta el día.*

